

HOMILÍA V DOMINGO ORDINARIO - 2012

CICLO “B”

Presentación del Señor en el templo de Jerusalén

El **día 2 de febrero** celebramos los cristianos la fiesta de la Presentación del Niño Jesús en el Templo de Jerusalén. Transcurridos 40 días después de su nacimiento, María, su madre, y su esposo José, fieles a la ley del Señor, presentan a Jesús en el Templo. Lo que externamente aparecía como el cumplimiento de la Ley del Señor, era en su profunda realidad el encuentro de Jesús con el pueblo judío: “gloria de tu pueblo Israel”, y con el pueblo gentil: “luz para iluminar a los gentiles”.

Simeón lo toma en sus manos y dice: “Este Niño está puesto para caída y elevación de muchos en Israel...y para ser señal de contradicción...”. Y dice a María: “Una espada atravesará tu alma”...

Con las lámparas encendidas de la fe, esperanza y caridad, celebremos esta fiesta cristiana. Oremos unos por otros para que Jesús sea para todos causa de levantamiento y de gracia, de esperanza y de salvación... Como el profeta Simeón, acojamos en nuestra alma a Jesús que viene a iluminarnos y a salvarnos. Así podremos decir como él: “Ahora puedes dejar a tu siervo irse en paz porque mis ojos han visto a tu Salvador”.

Jornada Mundial de la Vida Consagrada

En este mismo día de la Presentación del Señor en el Templo, la Iglesia nos invita a celebrar también **la Jornada Mundial de la Vida Consagrada**, que este año tiene como lema “La Vida Consagrada y la Nueva Evangelización”. “La nueva evangelización, a la que nos convoca la Iglesia, es principalmente un desafío espiritual para salir de la indiferencia. Depende, en gran medida de la credibilidad de nuestra vida y de la convicción de que la gracia de Dios obra y transforma hasta convertir los corazones. La nueva evangelización requiere nuevos evangelizadores”.

A vosotras, personas consagradas a Dios, os corresponde también participar y colaborar en la realización de la nueva evangelización de la que tan necesitada está nuestra sociedad. En efecto, “los consagrados están llamados por su vocación, consagración y misión a vivir un estilo de vida, que exige, en primer lugar la santidad de vida a la que toda la Iglesia está llamada. Este estilo se expresa visiblemente en los consejos evangélicos vividos en comunidad. A través de ellos se manifiesta la radicalidad y la novedad del seguimiento de Jesucristo. La consagración es así el instrumento de nueva evangelización” (Mons. Vicente Jiménez).

Queridas hermanas! Recibid nuestra felicitación y nuestro apoyo y ayuda -el de toda la Diócesis- para que perseveréis en el santo propósito de la vida consagrada en la Iglesia y al servicio de todos. Vivid así: “en la presencia de Dios y en favor del mundo”.

Con nuevo ardor, con nuevas expresiones, con nuevos métodos, con el fervor de los santos, en fraternidad, con signos que acrediten la palabra que anunciáis, colaborad en la gran tarea de la Iglesia: la evangelización.

1.- Las Lecturas

* **Libro de Job 7,1-4. 6-7.** Este libro nos presenta la realidad que envuelve la vida de los hombres sobre la tierra: la fatiga, el sufrimiento, la nostalgia, la brevedad, la muerte... Vivamos nuestro dolor unidos a Jesús, aliviemos el dolor de los demás y nunca seamos causa de sufrimiento para nadie.

* **Salmo Responsorial 146:** “alabad al Señor que sana los corazones desgarrados”. Bendigamos al Señor que cura las heridas de nuestra alma y de nuestro cuerpo.

* **Primera carta de san Pablo a los Corintios 9,16-19. 22-23.** Pablo considera que proclamar el Evangelio es un deber y obligación para él. Se hace débil con los débiles y todo para todos para ganarlos para Cristo. Todos los cristianos estamos llamados a anunciar a Jesucristo. Tú también debes anunciarlo.

* **Evangelio según san Marcos 1,29-39.** El evangelista nos presenta a Jesús muy ocupado durante todo el día: cura a los enfermos, ora al Padre de madrugada, predica el evangelio. Imitemos al Señor: curando a los enfermos, orando al Padre, y anunciando el Evangelio.

2.- Sugerencias para la homilía

2.1.- Identificar nuestras heridas

No pocas veces descubrimos nuestras heridas: las del cuerpo y las del alma. Pongamos hoy especial atención en las heridas del alma que el pecado ha dejado en nosotros. “Por el pecado original fuimos “despojados de lo gratuito” -la gracia y otros dones que Dios nos dio- y “heridos en lo natural” - la ignorancia, la inclinación al pecado...-.

Además, si nos examinamos con atención podemos descubrir en nosotros mismos otras heridas que la vida, las relaciones humanas, los sinsabores, los fracasos...han podido dejar en nuestros corazones.

Más de una vez, al escuchar a personas determinadas advertimos que tienen en sus corazones heridas que no están curadas o que no están cerradas bien...Sus expresiones, sus actitudes...así lo demuestran.

Os invito a identificar, nombrar, señalar...las heridas que podamos tener en nuestro cuerpo y en nuestra alma...Sabemos que al pecado y sus consecuencias no les gustan ser identificados, ni ser nombrados ni ser señalados...; prefieren la oscuridad, el caos, las tinieblas... donde pueden reinar “a sus anchas”.

* ¿procuro identificar, señalar y nombrar mis heridas?

* ¿qué heridas tengo en mi alma?

* ¿dedico tiempo para escuchar a las personas que sufren?

2.2.- Sanar las heridas descubiertas

No es suficiente identificar, señalar y nombrar esas heridas. Hemos de dar un paso más. Debemos hacer un esfuerzo para curarlas. Sabemos que cuando una herida -corporal o espiritual- no se cura bien, hay un riesgo: que se cierre en falso y, por tanto, termine mal.

Seamos valientes. Curemos nuestras heridas. Y, si no podemos nosotros solos, acudamos a alguien que pueda curar de verdad nuestras heridas. De lo contrario, no seremos felices ni viviremos en paz..

El sacerdote ha recibido el ministerio de la sanación. Acudamos a él.

- ¿Qué estoy haciendo para curar mis heridas?
- ¿Ayudo a otras personas a curar sus heridas?
- ¿Acudo a un sacerdote para que cure en nombre de Dios las heridas que pueda tener en mi alma?

2.3.- Acudamos al Señor que sana nuestras heridas

En el camino de nuestra vida más de una vez nuestros pies quedan heridos y nuestras almas sienten el peso del dolor... No caigamos en la desesperación.

Oremos al Señor que es “el médico de las almas y de los cuerpos” para que alivie nuestros sufrimientos y cure nuestras heridas...

Pidamos al Espíritu que “sane lo que está enfermo” en nosotros.

Señor,

“Que, cuando llegue el dolor,

Que yo sé que llegará,

No se me enturbie el amor,

Ni se me nuble la paz”.

2.4.- Hacia una “Iglesia samaritana”

La Iglesia está llamada a ser “una Iglesia samaritana”. Y esto depende de ti también. Y lo será cuando:

- * No miremos sólo para nosotros mismos.
- * Escuchemos el grito de dolor que tantos seres humanos heridos nos dirigen.
- * No nos mostremos indiferentes ante ellos.
- * Seamos como Jesús que cura las heridas y sana a los enfermos, acreditando así el mensaje sobre el Reino de Dios que ha pronunciado.
- * Respondamos al dolor de los demás aliviando ese dolor, curando ese dolor...
- * No miremos a otra parte
- * No nos crucemos de brazos ante los nuevos empobrecidos y excluidos de la historia.
- * Bajemos de la cruz a los nuevos crucificados.
- * Acompañemos con respeto, paciencia y cariño a los enfermos, a los heridos, a los solos y abandonados...
- * Mostremos a los pobres, a los desvalidos, a los encarcelados... el amor y la ternura de Dios a través de nuestras palabras, de nuestra mirada, de nuestros gestos...

2.- Participemos en la Eucaristía

Preparemos nuestro corazón para participar en la celebración de la Eucaristía en la que está presente el Señor Jesús a quien hemos contemplado curando a los enfermos, orando a su Padre y predicando el Reino de Dios, y a quien hemos pedido que nos conceda ser la Iglesia samaritana en este mundo.

3.- Vayamos al encuentro de los que sufren

Jesús pasó por este mundo haciendo el bien, curando a los enfermos, liberando a los oprimidos por el diablo (cf. Hech.10,38). Imitemos al Señor y haremos mucho bien a las personas que sufren, que están solas, que están abandonadas... A las que están a nuestro lado y a las lejanas...

Terminamos. Unidos en la oración
Cáceres, 30 de enero de 2012

Florentino Muñoz Muñoz